



J. M. † J. T.

**Frailes Carmelitas Descalzos
Carmelitas Descalzas
Carmelo Seglar
Familia del Carmelo Teresiano en la Provincia**

**Hermanos, hermanas:
¡Os saludo con la Paz que nace del Corazón de Jesús!**

Las próximas fechas y acontecimientos del mes de diciembre nos invitan a la acción de gracias y el jubileo, decretado oficialmente por la Penitenciaría Apostólica a solicitud de la Orden y los obispados de Ávila, Jaén y Segovia. El año 2026 se cumplen 300 años de la canonización de N. P. San Juan de la Cruz (1726) y 100 de su declaración como Doctor de la Iglesia (1926).

Con el deseo de que estos centenarios puedan ser ocasión para un mayor conocimiento de su vida, de su experiencia, de sus escritos y de su mensaje espiritual, toda la Orden, de manera particular en España y en concreto nuestros conventos de Segovia y Úbeda junto al municipio natal, Fontiveros (Ávila), abren de manera especial sus puertas para gozar de esta experiencia de encuentro con Cristo por la doctrina de Juan de la Cruz. El Consejo provincial, con la colaboración de quienes coordinan estos lugares sanjuanistas y las comisiones de trabajo, nos propone numerosas actividades culturales y celebraciones litúrgicas a lo largo del nuevo año con la finalidad de vivir estos centenarios como recepción de jubileos anteriores, como pueda ser el de 1991 que tanto marcó nuestra historia reciente en lo que a Juan de la Cruz se refiere. Permitidme unas palabras a modo de exhortación o catequesis sanjuanista, centradas en lo que, creo, es importante para nosotros consagrados y miembros plenos de la familia del Carmelo Teresiano.

Los centenarios sirven para comprobar que san Juan de la Cruz, al que festejamos, sigue vivo, tiene una palabra que seguir diciendo. En este sentido quiero hacer mías las palabras del Papa san Juan Pablo II en su peregrinación al sepulcro de san Juan de la Cruz en 1982 en Segovia: "Es un gozo para toda la Iglesia comprobar los frutos abundantes de santidad y sabiduría que este hijo suyo sigue dando con el ejemplo de su vida y la luz de sus escritos. En efecto, su figura y sus enseñanzas atraen el interés de los

más variados ambientes religiosos y culturales, que en él hallan acogida y respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre y del creyente”.

El mensaje que él nos ha dejado es el de la búsqueda de lo divino, llamando a *engolfarnos en Dios* en una vivencia de vida teologal. El mensaje de un testigo eminente de Dios vivo que habla de él y de sus cosas. Un mensaje para forjar y formar creyentes en fe adulta, en una mayor intimidad con Dios.

El jubileo sanjuanista debe ser un tiempo para profundizar en el conocimiento y estudio de san Juan de la Cruz, a quien la familia del Carmelo Descalzo tenemos por padre y maestro espiritual, la imagen viva del auténtico carmelita, no sólo por su doctrina, no sólo por haber fundado, en un pequeño lugar de la sierra de Ávila, Duruelo, la familia del Carmelo Descalzo, sino porque con su existencia concreta, con los hechos de su vida, ha manifestado la vocación del Carmelo y nos muestra la imagen del religioso carmelita. Él fue un hombre discreto, que no buscó ser protagonista ni en el ámbito comunitario, ni en el ámbito social. Un hombre mortificado, que vivió en la sencillez y la austерidad. Un hombre virtuoso, entendiendo por tal buscador del bien, que es tanto como decir buscador de Dios. No buscó actuar por recompensa, sino como acto de agradecimiento a Dios. La gratuidad de sus actos para con los demás nace del hecho de saber que en el otro, uno responde a Dios. Un hombre ascético, que supo vivir sobria y sencillamente, huyendo de todo tipo de reconocimientos y honores sociales, así como en su porte externo. Un hombre espiritual que vivió en clima de oración, de búsqueda de la voluntad de Dios sobre su propia vida. Un testigo de Dios en medio de todas sus actividades: “Ahora coma, beba, o hable o trate con seglares o haga cualquier otra cosa, siempre ande deseando a Dios y aficionado a él”. Alguien que ama la soledad, con una gran capacidad para la interioridad y la contemplación, que no se contenta con el simple ver de una forma más o menos indiferente la realidad, sino que busca la verdad que está más allá de lo que a simple vista percibimos y busca acercarse lo más posible a aquel que es el fundamento de todo lo que es y existe.

Un centenario debe ser un tiempo para la celebración y la peregrinación a los lugares vinculados a nuestro Santo Padre, que nos hace presente su encarnación en el tiempo y en el espacio. Aunque nacido en tierra de Ávila fue a terminar sus días en Andalucía. Fontiveros, Arévalo, Medina del Campo, Salamanca, Duruelo, Ávila, Toledo, El Calvario, Baeza, Beas, Caravaca, Granada, Úbeda, Segovia, son algunos de los lugares por donde él pasó y vivió.

Aprendió en la escuela de la vida, donde conoció la pobreza desde niño; vio morir, a causa del hambre, a su padre y a su hermano. Tuvo que

abandonar como otros muchos su pueblo de origen para poder sobrevivir como pobre en lugares más aptos para ello. Pidió por las calles de Medina, donde fue aprendiz de distintos oficios y atendió a los enfermos que nadie quería a su lado. Todo ello le sirvió para ser una persona humilde y sencilla. Cuando sea fraile y ocupe cargos de gobierno entre los Descalzos, no se le “caerán los anillos de los dedos” y seguirá atendiendo a los enfermos, trabajando en la huerta, barriendo, haciendo de albañil, en una palabra, ejerciendo todo tipo de trabajo y, siempre, sacando tiempo para el estudio, la oración y la atención espiritual de todos los que necesitaban de su ayuda y ejemplo. Él hizo realidad lo que nos dejó escrito, “es Dios y sólo él quien da valor y sabor a toda actividad, porque donde no se sabe a Dios, no se sabe nada”.

Juan de la Cruz asume voluntariamente la pobreza evangélica, abrazando al Cristo pobre, lo que se traduce en una vida basada en el trabajo, la sobriedad y el desprendimiento de las riquezas, como expresión de renuncia y desasimiento de todo lo material, lo cual es para él fuente de libertad interior.

Es el primer carmelita descalzo y, como tal, vivió las vicisitudes y dificultades de esta familia religiosa. Ejerció como maestro de los primeros novicios en Duruelo y en el colegio de Alcalá; como confesor en la Encarnación de Ávila. Sufrió la cárcel de Toledo por ser fiel a la Madre Teresa y a la vocación que libremente había escogido. Supo vivir en las soledades de El Calvario y La Peñuela en Andalucía; ejerció como superior, dejándose amar para así ser obedecido, viendo en todo religioso un hijo de Dios y respetando a la persona humana. Fue apóstol en los monasterios de monjas descalzas, y ejerció el apostolado itinerante, Alcalá de Henares, Baeza, Granada, Segovia y Úbeda son algunos de los nombres que evocan su paso y la plenitud de su vida interior, así como el ejercicio de su ministerio sacerdotal ejercido entre los religiosos, las monjas y los laicos que hasta él llegaban.

La verdadera devoción a los santos debe llevarnos a la imitación, no de hechos puntuales, sino de las actitudes fundamentales que caracterizaron su vida y por las que es ejemplar para nosotros: la fe en el Dios vivo y verdadero, encontrado en la persona de Jesucristo. La esperanza, cuyo objeto es Dios mismo, supremo bien del hombre, que nos ayuda a comprender que no todo acaba aquí y ahora, sino que estamos llamados a la comunión de vida con él. “Ahora Vivimos la vida de Dios, separado de ella por el velo de la fe, sólo cuando la muerte rompa este velo, y esto es inevitable, llegaremos a poseer la vida de Dios. Sólo goza a Dios aquel que, sintiéndose enamorado de él, se renueva y viste de Dios”. La caridad, que es



como el alma del camino que lleva a Dios, da vida y valor a las obras de la fe y de la esperanza.

Su ejemplo es ideal de vida, sus escritos son tesoro a compartir con cuantos buscan hoy el rostro de Dios, su doctrina es también palabra actual.

En el Carmelo Descalzo, al que dio vida, siguiendo la invitación de la Madre Teresa, encontró respuesta a sus ansias vocacionales pudiendo conjugar los distintos elementos de la vocación carmelitana: la oración constante, el trabajo manual en soledad, la vida fraternal en sencillez y la actividad apostólica, predicando la Palabra de Dios, dedicándose a la dirección espiritual de clérigos y laicos, así como un fecundo magisterio escrito por medio de sentencias espirituales, cartas y comentarios en prosa a sus poesías.

Buscó conformarse con Cristo que “padeció por nosotros dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas”. Juan de la Cruz nos enseña que la vida no es fácil y que, tanto en la hartura como en la necesidad, siempre hemos de saber buscar la fuente de la felicidad que no es otra que Dios, al que se experimenta y saborea cuando nos vaciamos y desprendemos de todo lo que no es él. El amor de Cristo en Juan de la Cruz es llamada evangélica al servicio de todos los que le necesitaban para encontrar el camino que lleva a conocer y amar a Dios.

Poner los ojos en Cristo, como nos invita san Juan de la Cruz, quiere decir conocimiento de Jesucristo, que comienza cuando le escuchamos, convencidos de que “al darnos como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya”, nos ha dicho ya todo, y ya no se debe buscar su voluntad por medios diferentes: revelaciones especiales o comunicaciones extraordinarias. Este oír a Jesús pide un acercamiento a los Evangelios, donde se nos transmite su vida y su mensaje; sus hechos y sus palabras. Desconocer la Escritura, desconocer el Evangelio sería desconocer a Cristo, Palabra del Padre.

San Juan de la Cruz nos resume toda la vida espiritual en una sola cosa, en “traer un ordinario apetito de imitar a Jesucristo en todas sus obras, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como él se hubiera”.

San Juan de la Cruz vivió como hijo de Dios, amado de Dios. Se dejó guiar en todo del Espíritu Santo por caminos de fe oscura y verdadera, de esperanza cierta y de caridad entera. Como hombre de Dios se dejó llevar por Dios por caminos de dificultades, como la cárcel de Toledo, el desamor, las envidias de algunos de los suyos y las bajas venganzas de otros. Por todo pasó con tal de transformarse, por amor, en Cristo. En medio de sus sufrimientos de fuera y de dentro tenía clara conciencia de que Dios todo lo dispone para bien de quien se sabe amado: “No son los hombres quienes

hacen las cosas sino Dios que sabe lo que nos conviene y las ordena para nuestro bien. No piense otra cosa, sino que todo lo ordena Dios”

Invito y animo a todos, hermanos, a vivir de modo pleno este año jubilar sanjuanista que la Iglesia nos ofrece como oportunidad de conversión y profundización en la doctrina de San Juan de la Cruz.

La oración y la plegaria en los templos jubilares, la peregrinación a los lugares históricos, la lectura de sus obras y la imitación de sus virtudes son caminos propicios para ganar el jubileo como experiencia de encuentro con Cristo Jesús. Al finalizar ya el jubileo de la esperanza en la Iglesia universal quedémonos con esta experiencia que el Santo nos regala:

*Por una extraña manera
 mil vuelos pasé de un vuelo,
 porque **esperanza de cielo**
tanto alcanza cuanto espera;
 esperé solo este lance,
 y en esperar no fui falto,
 pues fui tan alto, tan alto,
 que le di a la caza alcance.*

Fr. Francisco Sánchez Oreja ocd

30 de noviembre de 2025
 I Domingo de Adviento
 Fiesta de San Andrés, apóstol

